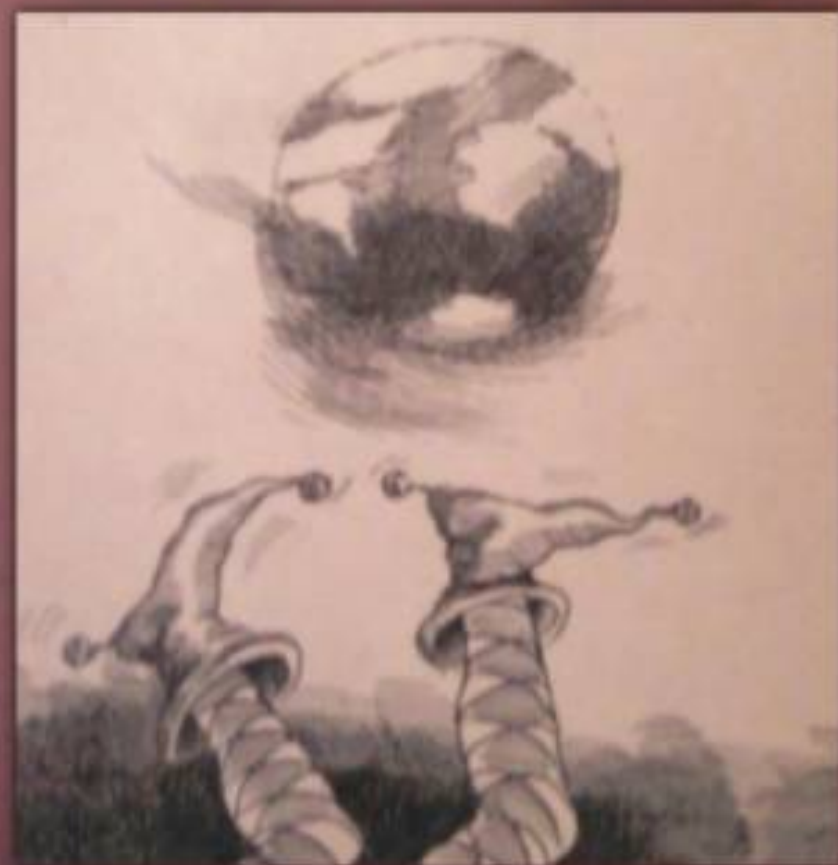


Eduardo M. Solari

# LIBELO

CONTRA

# NATURA



*Libelo contra natura* desarrolla una concepción de lo católico que cuestiona el orden natural, el bien común y la doctrina social, y una concepción de lo político que cuestiona gobiernos e instituciones, la democracia y el estatismo. Es un libro polémico, para la discusión. Si el lector adhiere al autor, se entusiasmará por el modo con que ha sido interpretado. Si no lo hace, sentirá que el autor está obligándolo a pensar de un modo amigablemente belicoso.

En los dos casos, la obra provoca la reflexión y el descubrimiento de nuevos puntos de vista. La publicación de este ensayo en sucesivas entregas, en las páginas de *La Nación*, tuvo notable repercusión en los lectores. Resulta pues sumamente oportuno poner a disposición del público, en forma de libro, este interesante trabajo de *Solari*, de indudable originalidad.

# I - Primero abro el paraguas

Éstos son apuntes para discutir, corregir, suprimir, precisar, ampliar y profundizar. Mañana tal vez piense que también son para olvidar. Desde luego no contienen nada nuevo, nada que alguien no haya dicho antes. Sucede que me encanta oír como suenan las cosas cuando las digo yo.

Las contradicciones en que pueda haber incurrido en ellos, o con lo que manifesté en otra oportunidad, son simplemente eso: contradicciones. Es posible que me haya equivocado antes, o quizás ahora, a lo mejor las dos veces, o en ninguna.

La actividad pastoral de la Iglesia excede lo que ella impone, de modo que a partir del límite donde termina la obediencia debida hay un amplio terreno en el que es lícito disentir. Si pareciera que disiento más allá de lo debido, aclaro como católico, que no ha sido mi intención traspasar esa frontera.

Un panfletista, en el sentido no peyorativo de la palabra, no puede andar haciendo demasiadas aclaraciones, introducir notas eruditas y referirse a documentación, porque le cortan el ritmo, apaciguan el fervor, lo sacan de tono, pueden confundir con respecto a las pretensiones de un no especialista y, fundamentalmente, porque no conciben con su talante. No por ello deben presumirse sin rigor reflexiones que pretenden tenerlo.

De cualquier manera, las citas, en su mayoría bíblicas, como el resto de la bibliografía, son de fácil ubicación para los interesados en los temas que se tratan.

## II - Orden natural

El Universo se rige por un conjunto de leyes que componen la legislación dentro de la cual se desarrollan los planes de la Naturaleza. Entre esos planes está un buen día poner punto final a nuestras ilusiones y desvelos decidiendo, sin el menor atisbo de cortesía, que dejemos de funcionar. Se nos pone la cara pálida, quedamos inmóviles, se nos relajan los esfínteres, se nos cae la mandíbula, nos enfriamos, se nos coagula la sangre, nos deshidratamos, quedamos rígidos, aparece una mancha verde en el vientre, despedimos un olor pestilente y empezamos a podrirnos. Nos descomponemos por fermentaciones microbianas y nos van comiendo de a poco los «gusanos», como así llamamos vulgarmente a las sucesivas oleadas de la fauna cadavérica que cumpliendo cada variedad con su riguroso turno nos destruye, porque colaborando con las bacterias están los insectos que nos devoran, unos enjambres después de otros, cada uno de acuerdo con la función que le asignó la Naturaleza. Es muy ordenada ella. Empiezan los dípteros cuando todavía estamos «frescos»; siguen moscas *incilia* y *sarcophaga* cuando avanza el olor cadavérico, precisamente seducidas por él; más o menos entre los tres y seis meses coleópteros y lepidópteros se dan el gran banquete con nuestras grasas fermentadas; a continuación «gusanos del queso» se sacian con la fermentación de los albuminoides; con la fermentación amoniacal reaparecen dípteros y coleópteros; luego los ácaros absorben los humores del cadáver y nos dejan secos del todo; vuelven coleópteros y lepidópteros para liquidar los tejidos membranosos ya apergaminados y finalmente dos últimas cuadrillas, tan especia-

lizadas como las demás, se encargan de que desaparezca lo que pueda quedar de nosotros. Sí, señores; así es la cosa, y no por sabida cambia. Quienes gustan de los eufemismos llaman a esto «descansar en paz».

También figura entre esos planes que la gacela se niegue a dejarse comer por el león, por más natural que sea que el león se la coma. Trata de evitarlo con desesperación, aun cuando si lo logra la consecuencia es que se coma a su hermana. Huirá en zigzagueante y loca carrera, el miedo acelerará su corazón al límite de estallar y morirá con el terror manifiesto en sus ojos desorbitados, intentando eludir los zarpazos que la irán desgarrando aún caliente, para ser devorada hasta dejar sus entrañas al aire, restos de festín para comedores de carroña, higienistas de la sabia y previsora Natura.

¿Por qué suceden estas cosas maravillosas? Suceden porque la realidad está sujeta a un orden, al famoso orden natural. A las leyes de la Naturaleza. A la «ley de la selva».

El orden natural es maravilloso, pero es maravilloso con respecto a su fin, porque sabido es que si hay un orden hay una finalidad. Los beneficiarios del orden natural son las especies, no las unidades, porque con estas últimas el orden natural es maravillosamente cruel. En los planes de la Naturaleza toda individualidad es más percedera y fugaz que el grupo, porque los individuos no cuentan, cuenta la especie. Caso contrario, la muerte no estaría en su programa. Lo está, y nada más natural dentro del orden natural que la muerte. Que la fugacidad y la muerte. Que la muerte y el dolor. Dentro de ese plan deben necesariamente matarse unos a otros de manera trágica, angustiosa, dramática, sórdida e inevitable. El dolor es común denominador. La pirámide alimentaria y la lucha por la supervivencia son la permanente huida, persecución, acecho y cacería. Es la salvación de la especie, el desprecio del individuo.

En el equilibrio de la Naturaleza los depredadores salvan, benefician y mejoran a la especie depredada. Contribuyen al bien común de ella, la liberan de la superpoblación dentro del «hábitat», con lo que la comida y el espacio alcanzan para «todos». Eliminan a los viejos, los débiles, los enfermos y los menos hábiles, que son los más fáciles de cazar, con lo cual colaboran en la selección dispuesta por ella; quedan los mejores, se reproducen los mejores, y se favorece así a «toda» la especie y «todos» lo pasan mejor gracias al bien común proporcionado por la especie depredadora, que evita la enfermedad y degeneración de la especie depredada.

En otros términos, los depredadores crean el contexto adecuado para que los componentes de la especie depredada puedan desenvolver cabalmente sus posibilidades. Fuera de ese contexto no podrían desenvolverlas cabalmente. Por eso, a ese contexto adecuado se lo llama bien común. Las leyes de la Naturaleza han dispuesto que para que las gacelas se desenvuelvan en el contexto adecuado es necesario que a algunas se las coma el león, y que para que el león pueda desenvolver cabalmente sus posibilidades es necesario que mate y se engulla algunas gacelas. ¡Qué se le va a hacer!... Entonces, el bien común no es, ni puede ser, el bien de todos los «cada uno». Desde ya que no es el bien de la gacela que los leones se comieron, ni del león al que las gacelas se le escaparon. Es maravilloso, pero no alcanzo a comprender qué tiene de bonito.

Hasta las plantas para sobrevivir compiten por los nutrientes del suelo, la luz y un poco de agua, y si escasean, la que los necesita y pueda se los quitará a su vecina, que morirá seca y retorcida. Y muerta, seca y retorcida servirá de alimento al fuego que matará a la que la mató, en el momento en que madre natura disponga que el sol o el rayo enciendan el fuego purificador que mate a todas para que nazcan otras con la fuerza de la vida nueva.



Y como haciendo estúpidamente gratuitos tantos afanes, dolores y crueldad, la ciencia nos enseña que años más, años menos, todo pasará: el planeta en que vivimos y lo que en él hay, montañas y mares, naciones y estructuras. La geología y la historia nos enseñan que ya pasó, que está pasando, que transitamos ese camino.

El humano es parte del Universo, está incluido en el plan de la Naturaleza, que lo sujetó a sus leyes y las grabó en su código genético. Dentro de ese plan le dejó un margen de libertad con condicionamientos que hacen bien precisos sus límites. No sé, pues, de dónde sacamos eso de que el hombre ha ido dominando a la Naturaleza. Es parte de sus planes que ya no nos asustemos de los truenos y volemos en avión. Se llama evolución y está previsto por ella. Eso no es dominarla, porque el humano, sin alternativa, desde el seno materno seguirá sus órdenes y, ciego o consciente, nacerá, crecerá, se alimentará, perpetuará la especie, luchará por su vida, transmitirá a sus reemplazantes en la cadena de generaciones las órdenes que recibió, envejecerá, morirá, y otra unidad biológica lo reemplazará. Es el orden natural. Son los planes de la Naturaleza. Es la «ley de la selva».

El orden natural enfrenta al individuo con problemas sin solución humana, entendiendo que no hay solución cuando no hay alternativa ética y entendiendo que no hay alternativa ética cuando la única solución es el sacrificio de algunos individuos. La realidad es un acertijo que se ríe de nosotros, porque dentro de ella no hay posibilidad de conciliación total de los grupos entre sí, entre las unidades y el grupo, entre el grupo y la especie, entre lo social y cada hombre.

Está claro que el bien común beneficia al individuo, desde que si la especie anda bien quienes la componen también, pero este efecto no tiene relación con todos; siempre

algunos, pocos o muchos, deben ser necesaria e injustamente sacrificados al interés general. El sacrificio del bien individual es injusto y el sacrificio del interés general también, porque incluye el individual. En el orden natural el bien común prevalece sobre el bien particular. Lo dicho, desde luego, sin perjuicio de la imposibilidad de acuerdo sobre lo que en concreto constituye el supuesto bien común, ni de los supuestos medios para ponerlo en práctica.

La sociedad, cuando se equivoca y cuando no se equivoca, sacrifica necesariamente, por el bien común, el bien individual. Por eso la historia del sacrificio es tan antigua como la historia de la humanidad. En el curso de ella, de acuerdo con la evolución cultural, la sociedad ha ido sacrificando a distinta clase de individuos. A Saturno o a Diana, esclavizando o torturando, sometiendo a servidumbre o explotando, colonizando o civilizando, por la nación, por la libertad, por la seguridad, por el orden, la moral, las costumbres, la justicia, la salud, porque no hay alternativa o por error, de buena o mala fe, por la patria o «para mayor gloria de Dios», por lo que sea, pero siempre el sacrificio de algunos para beneficio del grupo.

Por el bien común se han hecho cosas muy feas, tan feas o más que por el bien individual. Ya no le sacrificamos niños a Moloch para que la divinidad no se enoje con «todos», esto es, por el bien común; ni los egipcios ahogan ya una mujer joven en el Nilo para obtener fertilidad en los campos de «todos», esto es, por el interés general; pero no hemos cambiado, hacemos otras cosas que son el equivalente en nuestro contexto histórico-cultural. Bien común son y fueron muchas cosas detestables, que eran o son el «orden establecido», las costumbres que evitan un «mal mayor» y que responden, errónea o acertadamente, a necesidades del «interés general».

Menos dramáticamente, y sólo por dar un ejemplo, si a la comunidad le interesa evitar una epidemia de viruela, la vacuna contra la viruela será obligatoria. La vacuna contra

la viruela produce estadísticamente una meningitis cada tantas vacunas. Todos sabemos que un fulano morirá, pero no podemos dejar de vacunar porque si no lo matamos morirán muchos zutanos y perenganos. Cada tanto, la sociedad debe sacrificar a uno de sus miembros, elegido al azar o no, con independencia de su culpa o no, porque de lo contrario sacrificará ineludiblemente a otros. Entonces, por el bien de «todos», por el bien común, lo sacrifica.

Del mismo modo, por lo que la sociedad oscura e inconscientemente supone su bien, en un contexto sacrifica a los que no permite contraer nuevo matrimonio hasta que se les muera el cónyuge del anterior, y en otro contexto sacrifica a los que pagan las consecuencias de permitirlo; en un contexto sacrifica al ser al que permite que se lo mate antes de nacer, y en otro contexto sacrifica al ser al que no se le permite abortar; y en una guerra destina a unos a morir y a otros no; y así en cada una de las decisiones de la sociedad. En cuanto a las razones, se acomodan insensiblemente a la decisión. Y no estoy opinando ahora y aquí que deba o no deba vacunarse, permitirse o no el divorcio, el aborto, o no ir en ningún caso a guerra alguna, o lo que sea; sólo estoy diciendo que el orden natural nos enfrenta con problemas sin solución humana, en cuanto no se ofrece alternativa ética. O dejamos morir al león o dejamos morir a la gacela; y peor todavía: el orden natural nos obliga a ser verdugos de nuestros hermanos o a nuestros hermanos serlo de nosotros sin permitimos eludir una decisión. Todo lo que algunos logran es no concientizarlo. O debemos ser Abraham dispuestos a sacrificar a nuestro hijo, mentiras piadosas de por medio; o debemos ser Isaac conducido al sacrificio por azar, o debemos ser Abraham e Isaac unidos para matarlo, porque ni aunque Dios se apiade queda de lado el sacrificio.

No me gusta que el cocodrilo para sobrevivir tenga necesariamente que agarrar de una mano al animal que se acerca a tomar agua, arrastrarlo y comérselo mientras lo ahoga. No me gusta que un chico, ni nadie, se muera de hambre, sufra, enferme o envejezca, muera, sea injusto o tenga que soportar la injusticia. Pero eso es la Naturaleza, eso es el orden natural y éstos son sus mandamientos.

La Naturaleza es el dios de la gente que no cree en Dios. Es el dios de los pueblos primitivos y de la gente cruel. Es el dios de los paganos, que siempre lo adoraron bajo diversas advocaciones. Es también el dios de la gente razonable y el dios de los filósofos.

Estar en el planeta Tierra importa ser esclavo de las leyes que rigen el Universo y tener que soportar el pánico de la condición humana. Importa ser cómplice voluntario o involuntario, consciente o inconsciente, de que las cosas sean como son. Aceptar y acatar las decisiones del grupo, incluso pelear para que las cambie, es marchar por la «rastrellada» y con el rumbo de la multitud; es agruparse por instintiva seguridad, es ser «sociales» porque los apartados del grupo son la presa fácil de los depredadores, y es, a la vez, lo humanamente razonable, porque es atenerse al orden natural, que es la «ley de la selva», pero también es, consecuentemente, no distinguirnós nítidamente los humanos del resto del Universo. Así las cosas, somos tan naturales como todo lo que existe en el Cosmos.

## III - Política

Cuando me refiero a lo político lo hago en la amplia interpretación que incluye lo social, lo económico, las relaciones internacionales y, por supuesto, la actividad específicamente política. En síntesis, todo lo que hace a la convivencia, al grupo y a lo colectivo.

Lo político está dentro del orden natural. Es el orden natural en el plano de la convivencia humana y, por tanto, se rige por las leyes que rigen el Universo, por la «ley de la selva». En la selva también hay amor, lucha, acuerdos tácitos, hábitos sociales y equilibrios. Aves que limpian de parásitos a grandes animales y que por tal razón no son molestadas por ellos; serpientes que se alimentan de huevos pero que siempre dejan uno en el nido depredado, cuidando a la vez la continuidad de la especie y su alimentación; leones que no matan si no es por necesidad y dejan el plato preparado para los comedores de carroña; etcétera. Luchas en las que cada cual usa las armas de que está dotado: fuerza, olfato, velocidad, vista, astucia, mimetismo. En la especie humana la apelación a la ética puede ser un arma. Política es también, dicho de otro modo y sin intentar aquí tampoco una definición, la necesaria actividad de la especie y grupos humanos tendiente a velar por su subsistencia y bienestar.

La sociedad por medio de sus estructuras: estado, gobierno, grupos de presión, poderes sectoriales, decide quienes deben ser sacrificados en beneficio de «todos». La sociedad tiene sus defensas, se adapta, y como las especies cuando peligran produce cambios tendientes a restablecer un equilibrio.

La política se refiere siempre a lo plural, estructuras, sistemas, interés general. En muchos foros políticos se proclaman altisonantemente los derechos del individuo, pero la realidad es que lo personal entra en el campo de lo político sólo como consecuencia de ocuparse de «todos». Esas proclamaciones cambian y son de distinto signo según el momento histórico, porque la sociedad va cambiando los derechos personales que protege para protegerse. La evolución de esos derechos se acomoda a la preservación y seguridad del grupo en cuanto tal. Además, los derechos que las sociedades cuidan para unos individuos o grupos siempre van en detrimento de otros individuos o grupos, dentro o fuera de sus fronteras.

Por eso también, aun fantaseando la mejor buena voluntad por parte de quienes ejercen el poder, no se alcanza a ver de qué manera podrían velar por el bien común sin afectar el individual o respetar el individual sin detrimento del social. Alguien siempre debe ser necesaria e injustamente sacrificado. La protección de la norma jurídica al individuo no prevalece sobre la que protege a la sociedad, por ello tiene su límite en el «orden público».

Quienes ejercen el poder no pueden dejar de sacrificar a alguien en cada una de sus decisiones; no tienen alternativa. Todo lo que pueden hacer es preguntarse: ¿a quién? ¿cómo? ¿dónde? ¿éste o aquél? ¿ahora o dentro de diez años? ¿en esta generación o en la próxima? ¿aquí o en las antípodas? Y la sabiduría del estadista reside en elegir acertadamente quienes deben ser sacrificados en beneficio de «todos». Si lo hace bien, tendremos lo que se llama un buen gobierno, un gobernante con visión y un gran hombre. Caso contrario, «todos» sufriremos las consecuencias de la equivocación. Alguien tiene que hacer ese trabajo, y por tanto ese alguien es necesario y hasta puede que meritorio y heroico, pero no creo que santo.

Que los verdugos sean necesarios no significa que sea obligación serlo. Cuestión de gustos, porque sobrarán can-